

**DOS VISIONES PESIMISTAS DE LA FELICIDAD:  
BALTASAR GRACIÁN Y ARTHUR  
SCHOPENHAUER**

---

*Luis Fernando Moreno Claros*

Ser feliz es estar ilusionado. Ilusionado con la vida en general y con las personas en particular. «Vivir es convivir con una circunstancia», apuntaba Ortega; y en esa circunstancia siempre están presentes los otros. Al convivir con ellos, la persona serena y feliz transmite felicidad a cuantos la rodean. Los demás no tienen por qué ser «el infierno», según apuntó Sartre; igualmente pueden ayudarnos a construir el Cielo.

El hombre feliz es vitalista, ama la vida y el instante presente y sabe que el bien y el mal son caras de la misma moneda, que el goce de existir es el máximo goce; también, que hay un tiempo para reír y otro para llorar y que lo uno no excluye a lo otro. Como Nietzsche, soporta el dolor diciéndole: «¡pasa!», para pedir al placer «profunda, profunda eternidad». Siente que el mundo está ahí para su propio disfrute y dominio. Y se pregunta, con Goethe, a qué viene todo este lujo de soles, estrellas, vías

lácteas y planetas si no es para infundir en la criatura humana la alegría inconsciente por su propia existencia.

Estas afirmaciones que pueden parecer tópicas y que se me ocurrieron como apertura de esta conferencia, acordándome de Goethe, Nietzsche y Ortega, autores que poco tuvieron de pesimistas, destilan optimismo. Nunca las habrían firmado ni el «desengañado» Baltasar Gracián ni el «pesimista» Arthur Schopenhauer. Dos autores —moralista el primero y filósofo el segundo— que vieron, antes que el goce y la alegría de vivir, la negrura y el dolor de la existencia.

### **Gracián**

Baltasar Gracián, aragonés nacido en Belmonte (Calatayud) en 1601, inaugurando el barroco siglo de Descartes y Spinoza, de Velázquez, Cervantes y Quevedo, descendía de una familia acomodada: su padre era médico. Su primera educación la recibió en Toledo, donde trabó contacto con el latín y las humanidades. A los dieciocho años se trasladó a Tarragona e ingresó en la Compañía de Jesús. Cursó estudios de filosofía, artes y teología. Tras impartir clases de moral, teología y filosofía en diversos colegios de la Orden, en Lérida y Gandía, en 1636 lo destinan a Huesca como predicador y confesor. Este traslado sería crucial en su vida.

El colegio de los Jesuitas de Huesca estaba situado enfrente del palacio de Don Vincencio Juan de Lastanosa, un noble y rico mecenas de la época; gran erudito, coleccionista de armas, monedas y objetos raros que le llegaban de los más remotos lugares del mundo, mantenía su casa como un museo de curiosidades; y además poseía una biblioteca que alcanzaba los 7.000 volúmenes. Su palacio —adornado con unos

hermosos jardines, famosos en Europa—, era asimismo un cenáculo literario. Lo frecuentaban intelectuales oscenses y de todo Aragón. Gracián, que al parecer era más bien de carácter retraído, trabó estrecha amistad con Lastanosa; éste le entregó una llave de su biblioteca y le dio permiso para que acudiera allí cuando le apeteciera. Gracián adoraba los libros y buena parte de su cultura literaria se afianzó en la biblioteca de Lastanosa. «No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día». «¡Oh gran gusto el leer, empleo de personas, que si no las halla, las haze!», escribió en *El criticón*<sup>1</sup>. En esta obra, Gracián le dedica elogiosas palabras a su mentor bajo el nombre de «Salastano»; es el noble dueño de un palacio que es museo y enorme biblioteca, un lugar sólo ocupado por «personas» y templo de la vida más preciada: la consagrada al conocimiento, en claro contraste con la vida mundanal, plagada de errores y horrores.

Pronto asistió el reverendo jesuita a las tertulias culturales de la casa de Lastanosa, en las que también participaban otros principales de las letras y las artes de aquel tiempo.

Las conversaciones y las disputas literarias impulsaron en Gracián el anhelo de expresar sus ideas de manera un tanto más ordenada, así como de que éstas ostentasen una cierta autoridad; allí nació su vocación de escritor, muy emparentada con la del moralista, cuyo objetivo es enteramente didáctico. Animado por Lastanosa publicó su primer libro: *El Héroe*. Lo firmaba un misterioso «Lorenzo Gracián, infanzón». El padre Baltasar, haciéndose pasar por un pariente suyo que nunca existió (pues de sus cuatro hermanos y un hermana, todos

---

<sup>1</sup> Citamos *El criticón* (C) según la edición de Santos Alonso, Cátedra, Madrid, Véase 2ª parte, Crisi IV, pág. 356.

religiosos, ninguno se llamaba Lorenzo), quería soslayar así las estrictas normas de la Orden de San Ignacio que impedían a los jesuitas publicar cualquier escrito sin el beneplácito del «preósito general».

El ardid no surtió efecto y los superiores, disgustados porque el sacerdote pasara más tiempo en tertulias literarias que en el convento, contemplaron la perspectiva de mudarlo a otra ciudad, como de hecho terminaría sucediendo.

Disgustaba que el padre Gracián fuera rebelde de pensamiento, «independiente y belicoso en lo íntimo y tan coartado en lo externo»<sup>2</sup>, según manifiesta el hispanista Karl Vossler.

En 1639 lo trasladan de Huesca a Zaragoza. Allí oficia de confesor del Duque de Nochera. En compañía de este noble viajó a Madrid y trabó conocimiento con la Corte de Felipe IV, el centro neurálgico del Imperio Español que se extendía por media Europa.

Predica y sus sermones obtienen éxito, pero enseguida se desengaña de la vida en la urbe. En la Villa y Corte publicó su segunda obra: *El político*, un panegírico del buen gobernante. Lo firmó con el pseudónimo de «Lorenzo Gracián». Esta vez se libra de la censura jesuita debido al revuelo que se organizó en la Compañía de Jesús con el estallido de la sublevación de Cataluña, en 1640.

El duque de Nochera, que se oponía a la política del Conde Duque de Olivares a propósito de la mencionada revuelta y posterior guerra, es encarcelado en el madrileño Torreón de

---

<sup>2</sup> Véase K. Vossler: «Presentación de Gracián», en: *Revista de Occidente* n° CXLVII, Madrid, 1935, pág. 341. El artículo fue fundamental en España para formar una imagen moderna y concreta de Gracián; así como para aproximarle a Schopenhauer.

Pinto y, tras un largo proceso judicial, muere en 1642. Gracián, que era su consejero y confidente, sufre otro gran desengaño, ya que muy poco tienen que ver los políticos de su tiempo con su político ideal descrito en su último libro.

En 1647, tras larga enfermedad en Valencia, donde lee mucho en la bien surtida biblioteca del hospital, Gracián regresa a Huesca. Allí publica *El discreto* (1646), y un año más tarde, su *Oráculo manual y arte de prudencia* (1647), ambas obras firmadas con el socorrido pseudónimo de «Lorenzo Gracián», y siempre bajo la protección del mecenas Lastanosa.

La última década de su vida transcurrirá casi entera en Zaragoza. Sus obras anteriores han visto ya varias reediciones y son famosas en toda la Península Ibérica. En 1651 aparecerá la primera parte de su obra más ambiciosa: *El criticón*, esta vez firmada con el pseudónimo «García de Marlones». Se trata de la primera parte de una novela alegórica que constará de otras dos partes más (la segunda, publicada en 1653, otra vez bajo pseudónimo de «Lorenzo Gracián», y la tercera, en 1657).

*El criticón* le trae problemas con sus superiores. El general de la orden lo llama a capítulo y hasta llega a castigarlo con penas de reclusión a pan y agua. Gracián pide incluso que se le permita abandonar la Orden. No lo dejan escribir y se censura su obra, era algo que no estaba dispuesto a admitir un hombre que, en su interior, abogaba por la libertad individual de pensamiento, aunque en el exterior, prefiriera que lo dejaran en paz, de ahí que evitase los conflictos.

De poco sirvió para ablandar a sus superiores que entre la primera y la tercera parte de *El criticón* hubiera escrito una obra de contenido rigurosamente religioso: *El comulgatorio* (1653), el único libro firmado con su nombre. Pero como era

un hombre que sabía contemporizar, la expulsión de la Orden no se llevó a efecto, aunque se le recluyó en el colegio de Tarazona, donde morirá en 1658. Una de sus obras había dado el salto a Europa: *El héroe*, que fue traducido al francés (1645) y al inglés (1652); en años sucesivos irían traducándose las demás.

### *El pesimismo de Gracián*

Gracián, el gran «conceptista» de las letras españolas, de estilo lacónico y sentencioso, paradójico y oscuro a sabiendas, fue un soberano pesimista; acaso no tanto como su contemporáneo y más cínico Francisco de Quevedo, que descreía del Cielo y de la religión católica, aunque el jesuita le iba a la zaga en el negro concepto que tuvo del ser humano y de la sociedad. La nula confianza de Gracián en la bondad del hombre fue la razón más evidente de su pesimismo, que no es de corte metafísico sino terrenal, realista y práctico, al centrarse en los sinsabores y sufrimientos provocados por la vida en sociedad: son los hombres los mayores quebrantadores de las ilusiones de sus congéneres y los que hacen de la vida un mal, de modo que podríamos denominar a esta manera de pensar «pesimismo antropológico».

El jesuita, como creyente católico a la antigua usanza, sostenía que la felicidad sólo cabe obtenerla tras la muerte, en el Cielo; para la vida terrenal quedan los padeceres y pesares. Redundando en la idea cristiana del mundo como «valle de lágrimas», sostenía que la vida humana es «un despeñadero» y que en el mundo nos encontramos «una monstruosidad tras otra»<sup>3</sup>. Aseguraba, como Heráclito, que este mundo es continua

<sup>3</sup> C II, VII, pág. 152.

e incesante lucha y que «Todo este universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos», que «no hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria, ya con rendimiento y todo es hacer y padecer». De manera que luchan los astros, el bien y el mal, la vida de cada cual se acaba y sólo el mundo permanece impertérrito, cual antro de pesares y batallas que únicamente culminan con el triunfo de la muerte. A la totalidad le resulta indiferente la suerte de las criaturas, que no pueden hacer nada por cambiar esta realidad natural y sobrenatural que las supera. A más no llegó Gracián en sus especulaciones metafísicas, pues fue creyente, pero no filósofo.

Según lo anterior el jesuita dirá que el ser humano se ve arrojado a un ámbito, el terrenal, para el que viene mal preparado. Es una criatura débil que, además de sufrir el constante zarandeo de los elementos, las enfermedades y demás desgracias, encima tiene que desempeñarse entre sus congéneres, seres hostiles, poco inclinados a la compasión y la solidaridad. De ahí que elabore en sus obras una ética de la supervivencia, una ética bélica; pues el hombre, sólo ante el peligro y las amenazas de sus semejantes, deberá centrar todos sus afanes en defenderse y reforzar su precaria condición natural.

Veamos qué concepto tenía Gracián del enemigo sempiterno de la especie humana: el propio hombre.

En su obra de plena madurez, *El criticón*, la novela alegórica en la que no pasa nada, en el sentido de que no hay acción, es precisamente el mundo con todos sus males el que actúa y pasa frente a sus protagonistas, Crisipo y Andrenio. Ambos personajes, ciertamente algo hieráticos, ejemplifican figuras alegóricas; van en busca de la felicidad, personificada en Felisinda, una especie de Dulcinea etérea e insustancial. Crisipo,

mayor que Andrenio, representa al hombre curtido en sociedad, experto en el arte «de andar por el mundo», mientras que Andrenio es el muchacho inocente y natural que deberá aprender a «ver» la realidad en su ser verdadero. Cuando lo consiga comprenderá que la condición de dicha realidad consiste en el engaño y la ilusión y que ambos enemigos trasmutan el ser de las cosas en apariencia, en lo que parece ser pero no es. El sabio Critilo, quien luego resultará ser el padre de Andrenio, enseñará a su hijo que el hombre natural, inocente y apasionado, sincero y, en definitiva, bueno, poco tiene que hacer en una sociedad humana cuyos malvados y malintencionados miembros en poco se le parecen: o aprende estrategias para defenderse de sus maquinaciones y se vuelve tan taimado como ellos, o perecerá sin remedio. Si no se hace ducho en el «arte de vivir» será pasto de la ferocidad humana. Así que *El Criticón* pretendía ser una novela de aprendizaje para la vida, y bien podemos caracterizarla como una *Bildungsroman* del barroco español.

Gracián condensó en esta obra su concepción de la vida humana y la existencia en general, a las que verá como pura «representación» puro teatro, concierto de engaños, maldades y, en suma, de puras apariencias que a la larga se quedan en la más pura nada cuando se las desenmascara. (Atención a este detalle, pues lo mismo dirá Schopenhauer aunque en otro sentido).

Y lo peor de la vida es el ser humano, artífice que corporiza e individualiza la maldad general.

Al comienzo de la novela, Gracián nos brinda un jugoso apólogo que parece un hermano bastardo y torcido del célebre «mito de la caverna», que el «optimista» Platón divulgó en el libro VII de *La república*.

Escribe el jesuita que se castigó a un prisionero a «sepultarle vivo en una profunda hoya llena de profundas sabandijas, dragones, tigres, serpientes y basiliscos»; el reo se lamentaba a gritos y llamó la atención de un extranjero que acertaba a pasar por allí, éste se compadeció de él y movió la losa que cerraba la boca de la cueva. En esto fueron saliendo los tigres, las serpientes y demás alimañas, y cuando el liberador creía que iban a devorarlo se sorprendió al comprobar sus muestras de agradecimiento por una tan buena obra como era la de haberlas liberado de aquel encierro en tan mala compañía cual era la de un hombre ruin. Le aconsejaron que se alejara de allí antes de que apareciera el hombre. El bueno del extranjero, que se quedó perplejo e inmóvil, vio cómo de pronto salía de la cueva el prisionero liberado, que arremetió contra él buscando si tenía algún dinero. Al final, el bendito benefactor quedó muerto y sin hacienda. «Este fue el galardón del beneficio», concluye Gracián. Así que los hombres no son fieras, sino más fieros, «que de su crueldad aprendieron muchas veces ellas»<sup>4</sup>.

Con semejante convicción, la estrategia de vida graciniana se centra principalmente en mantener el tipo frente a las injerencias de los demás. «Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre», aserta en el *Oráculo* (regla nº 13). Tal es el enemigo declarado o subrepticio.

Pero hay más «¿Y ves cuán malos son los hombres? — Dice Critilo a Andrenio— pues advierte que aún son peores las mujeres y más de temer: ¡mira tú cuáles serán!» «¿Y qué serán?» Pregunta Andrenio. «Son por ahora, demonios, que después te diré más»<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> CI, IV, pág. 100.

<sup>5</sup> CI, IV, pág. 103.

Según la descripción que de Gracián nos ha dejado Karl Vossler, parece ser que era «desmedrado, agobiado y encorvado por el estudio; tenía quebrado el color, y era, además, dispéctico y miope»<sup>6</sup>; como estaba sometido al voto de castidad y al celibato, poco es de extrañar que considerase a la mujer un «demonio», una arpía de formas seductoras que atrapa a los varones incautos igual que le sucedió a Salomón, que fue «el más sabio de los hombres y el hombre a quien más engañaron las mujeres», según escribe Gracián. Esto es, mujer y sabiduría parecen no llevarse muy bien en la mentalidad del jesuita.

La mujer es casi siempre «mala mujer», pues la «buena» se ve poco en el mundo; se trata más bien de una criatura celestial y evanescente; es esa Felisinda que en el *Criticón* resulta ser la madre de Andrenio y la esposa de Critilo, a la que ambos buscan sin demasiada pasión y a la que no hallan en la tierra, sino únicamente, al final de la novela, en la supraterrera «Isla de los Bienaventurados», o sea, en el más allá, puesto que ha fallecido. Parece decirnos Gracián que la mejor mujer y la más deseable es la que no existe (la muerta). En el fondo, reitera el tópico medieval y eclesiástico sobre la calidad dicotómica de la mujer: «santa o prostituta», no hay otra opción. Poco más se explaya Gracián sobre el género femenino, pero con esto basta.

En suma, volviendo al pesimismo antropológico y social gracianesco, muy ilustrativa resulta la advertencia del sabio y mundano Critilo al joven Andrenio cuando por primera vez topan con hombres, al arribar a tierra firme tras el naufragio inicial con que comienza *El Criticón*: «Advierte Andrenio, que ya estamos entre enemigos: ya es tiempo de abrir los ojos, ya es menester vivir alerta. Procura de ir con cautela en el ver, en el

<sup>6</sup> Vossler, pág. 331.

oír y mucho más en el hablar; oye a todos y de ninguno te fíes; tendrás a todos por amigos, pero guardarte has de todos como de enemigos»<sup>7</sup> En suma, hay que conocer al enemigo; sólo atacándolo con sus mismas argucias podrá vencerse o al menos mantenerlo a raya.

La convivencia en sociedad, cuando no es abierta lucha por la supervivencia, requiere de las picardías típicas de una gran Corte monárquica en la que pululan los egos y las vanidades, y en donde cada cual debe ingeniárselas para ganarse el sustento y no morir de inanición.

Los libros de Gracián previos a *El criticón*, *El héroe*, *El político* y *El discreto*, así como el extraordinario *Oráculo manual y arte de prudencia*, prescriben reglas y argucias que deberán seguir cuantos quieran caminar con buen pie en sociedad, medrar en la Corte y hacerse un hueco blindado contra las ofensas en medio de tráfgos y pesares.

En estas obras Gracián hace gala de cierto optimismo al confiar en que el buen uso de la razón, aconsejada por la observación y la experiencia, enseña a actuar con prudencia y juicio; quien obre llevándola por bandera alcanzará fama de «héroe» o de «discreto», terminará siendo un «avisado varón» y un hombre excelente.

El saber que entrañan los libros de Gracián es práctico («si no es plático, no es saber», decía). Enseñan que no hay verdades absolutas para moverse en sociedad, que hay que estar en perpetua guerra en el mundo de los hombres y que cualquier estrategia para defender la integridad es lícita. Lo ideal sería que cada hombre fuera capaz de llegar a ser «santo», «que ya es decirlo todo», como apunta la última máxima del *Oráculo*,

---

<sup>7</sup> CI, IV, pág.100.

pero por desgracia un espécimen humano así es bien raro en este mundo, donde triunfan todos los males, precisamente, obrados por la mayoría de los hombres que suele ser de mala condición.

José Luis Aranguren<sup>8</sup> en un excelente artículo sobre la moral de Gracián llamó la atención sobre la más que probable soledad del jesuita. Hombre de libros, debió de ser muy exigente con sus congéneres en materia intelectual; fue un tipo orgulloso y mostraría su desprecio por los seres humanos que no veía a su altura. Esta falta de tolerancia y flexibilidad con las debilidades humanas sería la causa inmediata de su sesgada visión del mundo, la sociedad humana y la existencia en general; una perspectiva coja, la pesimista, nacida de la mente de un ser más apegado a la razón que a los afectos, desconocedor del amor (éros) y de la piedad (cáritas); de ahí su seco y mermado afecto por la vida con sus intensidades.

Borges compuso unos versos sobre Gracián, cito aquí un fragmento que tal vez condense mucho de la agreste personalidad del jesuita:

*No hubo música en su alma; sólo un vano  
herbario de metáforas y argucias  
y la veneración de las astucias  
y el desdén de lo humano y sobrehumano.*

### **Schopenhauer**

El filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860) pudo ser en cierto sentido una especie de lejano y decimonónico *alter ego* del gracianesco Critilo, cuando menos, por la

---

<sup>8</sup> Véase: J. L. Aranguren: “La moral de Gracián”, en: *Revista de la Universidad de Madrid*, número monográfico dedicado a “Baltasar Gracián en su tercer centenario 1658-1958”, n.º 27, Madrid, 1958, pág. 350.

suficiencia y arrogancia con la que defendió su sabiduría sobre el mundo y los seres humanos. Desde su juventud fue un hombre adusto y estirado que tuvo la suerte de vivir de las rentas que le dejó su padre, un acaudalado comerciante de la ciudad libre de Dánzig, en Polonia; de manera que pudo dedicarse a la filosofía sin padecer penurias económicas. Los últimos treinta años de su vida los pasó en Fráncfort del Meno, ciudad a la que se retiró para vivir cual erudito solitario y gruñón después de haber residido en Dresde y Berlín. Su mejor compañía se la brindaba su perrito de lanas «Atma» (alma del mundo), al que cuando le daba motivos de enfado lo increpaba como «¡so hombre!», pues el filósofo sostenía que los perros son más inteligentes que los seres humanos, necios por naturaleza y condición, de ahí que el peor insulto que puede dedicárseles sea tacharlos de «hombres».

Los vecinos de Fráncfort conocían bien la caricaturesca figura del filósofo: bajo de estatura, vestía de manera anticuada y atildada, luciendo un sombrero de paja de copa alta y ala ancha y un frac pasado de moda; caminaba muy erguido durante sus largos paseos diarios por los alrededores de la ciudad; sostenía que era esencial hacer ejercicio físico al menos dos horas todos los días aunque diluviase, y que había que respirar con la boca cerrada tal como hacía Kant, quien junto con Goethe, fue un modelo humano para él. Le encantaba estar a solas con la Naturaleza, paraíso en claro contraste con la selva de la sociedad humana. Sin embargo, comía en el mejor hotel de Fráncfort, el *Englisches Hof*, y en la mesa solía monologar con efusividad cuando encontraba comensales ocasionales que lo escucharan: departía sin cesar y siempre quería tener razón. Apostrofaba a cuantos lo rodeaban, los criticaba y los abrumaba

con sus exabruptos contra la humanidad. Pero la mayoría de las veces se veía condenado al silencio al considerar que no hallaba compañía adecuada para él. Hubo un tiempo en que adoptó la costumbre de depositar una moneda de oro delante de su plato; terminada la comida retiraba la moneda ostentosamente y se la guardaba en el bolsillo. Por fin, inducido a revelar el misterio de este gesto, aclaró que esa moneda se la daría a los niños del hospicio el día en que observara que los señores oficiales sentados en aquel comedor hablaban de temas con más sustancia que los referidos a caballos o mujeres.

Schopenhauer era un perfecto burgués temeroso de su pecunio. Aunque tenía afianzada su fortuna con seguras inversiones bancarias, solía guardar una provisión de monedas de oro en su casa, para el caso de que sobreviniera una inflación. Dormía con dos pistolas cargadas y un sable junto a su cama por si acaso entraban ladrones, y cualquier asunto relativo a sus negocios lo consignaba en caracteres griegos a fin de que ninguna mirada ajena pudiera entenderlo. Es célebre la heroica anécdota que para siempre dejó marcado a Schopenhauer como un tipo reaccionario: durante la fallida Revolución alemana de 1848 se combatía en las calles de Fráncfort; el filósofo estaba amohinado en su casa cuando de repente lo sorprendió el estruendo de fusilería proveniente de una barricada ocupada por revolucionarios, situada en mitad de un puente justo enfrente de su ventana. En esto se armó un gran alboroto en la antesala y Schopenhauer exclamó: «¡Sálvese quien pueda, es la *canaille souveraine* [soberana canalla] que viene a asaltar mi casa!» y se apresuró a echar la tranca a la puerta. La criada le advirtió de que no se trataba del «populacho» sino de soldados austriacos que luchaban a favor del orden y el Estado. Entonces,

alborozado, el filósofo les franqueó la entrada y como el oficial al mando no distinguiera bien desde el balcón a los amotinados, Schopenhauer le prestó sus binoculares de ópera a fin de que pudiera ver mejor y atinar el tiro<sup>9</sup>.

Desde el año 1819 en que publicara su obra fundamental *El mundo como voluntad y representación*, cuando contaba treinta años de edad, Schopenhauer había anhelando obtener el favor del público, pero éste se lo había negado radicalmente mientras aclamaba a otros filósofos como Hegel, Fichte o Schelling. Esta situación lo agobiaba sobremanera y se desquitaba insultando a los mencionados adalides de la filosofía alemana tachándolos de «filosofastros», «urdidores de galimatías» o de simples «soplagaitas». Schopenhauer no comprendía que siendo él tan inteligente no tuviera una inmensa corte de seguidores.

Más como la paciencia tiene siempre su recompensa, según afirmara Gracián, la soledad y el aislamiento del excéntrico pesimista habrían de terminar en la última década de su vida; su ascenso a la fama comenzó en 1851 con la publicación de una obra monumental en dos gruesos tomos de 700 páginas cada uno y titulada *Parerga y paralipómena*. Pero antes referimos a la fama de Schopenhauer y al contenido de esta obra postrera veamos cuáles fueron los logros filosóficos de aquella singular cabeza. ¿Qué aportó Schopenhauer a la filosofía? ¿En qué consistió lo que él mismo llamó su «legado para la humanidad»?

### **Génesis de una visión pesimista del mundo**

La sentencia más célebre de Schopenhauer y que resume la base de su pensamiento es la que reza: *Alles Leben ist Leiden*

---

<sup>9</sup> Carta a Frauendstädt, 2 de marzo de 1849.

(«Toda vida es sufrimiento»). El filósofo sostenía que este mundo es una «colonia penitenciaria» y un «valle de lágrimas» y que en él todo es padecer, trabajar y penar en vano, pues la idea de una salvación extraterrena o de una recompensa en forma de vida eterna, merced a un Dios bondadoso, es tan sólo una ilusión y un consuelo, dada su falsedad. Schopenhauer era ateo. Se consideraba «budista», partidario de esa «religión sin Dios» que conmina a compadecerse de todos los seres vivos y a no causarles daño, ya que todos son víctimas del mismo infierno, que es el vivir.

Aseguraba que la totalidad del universo y nuestro mundo en concreto son malos y que sería mejor que no existieran: *lo mejor sería no existir*, sentenció. ¿Y por qué? Sencillamente porque la vida en general y la del hombre en particular es una constante tortura que consiste en molestias y privaciones; siempre insatisfechos por la multitud de exigencias y deseos que los acosan, los seres humanos se afanan en satisfacerlos, pero lo único que logran con esa satisfacción es descubrir más carencias y nuevos deseos que vuelven a aguijonearlos y cuya perentoriedad les causa dolor. Y a menudo, cuando se cumplen los deseos más anhelados y parece que vendrá una época de calma, surgen otros enemigos acaso más feroces: el hastío y el aburrimiento. De manera que la vida humana oscila siempre entre Escila y Caribdis, entre el dolor y el aburrimiento. Y eso sin mencionar las catástrofes naturales, las guerras, las pestes, etcétera que comportan incontables males para el género humano. A los «optimistas», Schopenhauer les pide que comparen el dolor que sentirá una inocente ardilla que es engullida viva por una serpiente con la satisfacción de la que gozará la serpiente mientras la engulle, o con cualquier otro

sentimiento de placer o alegría... El dolor insondable de un solo ser sería la innegable evidencia contra una supuesta bondad del mundo; de manera que el dolor es lo positivo y primario, lo que se da efectivamente en el mundo, asevera el filósofo; mientras que el goce es lo negativo y secundario, pues «gocce» sólo significa «ausencia de dolor».

Schopenhauer llegó a la filosofía por vocación: su destino debería haber sido muy distinto, pues su padre, Heinrich Floris Schopenhauer, de ascendencia patricia, habría deseado ponerlo al frente de sus prósperos negocios de importación y exportación. La madre, Johanna Trosiener, dieciocho años menor que su marido, provenía también de una familia pudiente de la ciudad de libre de Dánzig. El vástago de ambos recibió una exquisita educación de «hombre de mundo». Viajó durante dos años enteros por Europa en compañía de sus padres y a sus quince años hablaba ya francés e inglés a la perfección. Desde pequeño se aficionó a los libros; leía todo lo que podía y le interesaba la literatura, el pensamiento y las ciencias; sin embargo, a lo largo de su vida defendería con orgullo que sus conocimientos no le venían sólo de los libros sino de la experiencia y de la vida.

En 1805, Heinrich Floris murió inesperadamente, cayó a un canal desde lo alto de un granero en el que no tenía nada que hacer; es probable que se suicidara. Con ello el hijo se liberó de ser comerciante y la viuda comenzó una vida independiente; junto a su hija Adele, única hermana de Arthur, se trasladó a la pequeña ciudad de Weimar, que era un verdadero centro intelectual de Alemania en aquella época, puesto que allí residían Goethe, Schiller, Herder y Wieland, los denominados «clásicos de Weimar».

Johanna trabó amistad con Goethe, abrió un salón literario y se dedicó a escribir novelas sentimentales que andando el tiempo le granjearon fama en Alemania. La relación de la madre y el hijo fue siempre tempestuosa. Mientras que Schopenhauer recordaba a su padre con suma gratitud por haberle dejado la herencia que le permitía vivir como rentista durante toda su vida y consagrarse «al conocimiento y la ciencia», acusaba a su madre de ser la causante de las depresiones de su esposo y de haberlo desatendido en la enfermedad y la vejez.

Además de por su negra visión de la existencia, Schopenhauer es célebre asimismo por su misoginia; una actitud que parece ir muy unida al pesimismo (¿ni Casanova ni Goethe fueron pesimistas!).

Uno de los más famosos ensayos de Schopenhauer se titula «Metafísica del amor sexual» (incluido en la 2ª parte de *El Mundo...*). En él explica la existencia del «amor» (éros) y de las efusiones románticas de los enamorados («pura paparrucha vana») como subterfugios que la Naturaleza utiliza con el único fin de asegurar la conservación de la especie. Si viéramos fríamente el acto de la procreación en sí, y comprendiéramos que procrear es perpetuar el dolor, lo rechazaríamos contrariados, argumentaba. Y si los hombres descubrieran en verdad cómo son las mujeres, tampoco perderían la cabeza por ellas.

Es muy probable que su inquina hacia las mujeres en general —que supone inferiores al hombre en belleza física, aunque no en maldad— proviniese en buena medida de la animadversión hacia su madre: Johanna encarnó para él la idea tópica de mujer alocada y gastosa. Las féminas, según Schopenhauer, tienen como principal meta en la vida engatusar a un hombre a fin de

contraer matrimonio y asegurarse la manutención para el resto de sus días; una vez conseguido esto, lo abandonan a su suerte. He aquí el argumento que el filósofo dio a un amigo para que no se casara: «Amigo mío, yo conozco bien a las mujeres. Sólo respetan el matrimonio en tanto que institución que les proporciona el sustento. Hasta mi propio padre, achacoso y afligido, postrado en su silla de enfermo hubiera quedado abandonado de no haber sido por los cuidados de un viejo sirviente... Mi señora madre daba fiestas mientras él se consumía en soledad, ella se divertía mientras él sufría amargas torturas. ¡Esto es amor de mujer!»<sup>10</sup>. Recordando un dicho antiguo, Schopenhauer argumentaba que quien se casa pensando en encontrar una mujer buena es como aquel que a ciegas mete la mano en un saco lleno de serpientes esperando sacar la única anguila que hay entre ellas.

En 1814 Johanna rompió definitivamente la relación con su hijo. La madre pretendía llevar una vida independiente que Arthur nunca aprobó. Desavenencias con el reparto de la herencia del padre, y celos por parte de Arthur a causa de un petimetre que se hizo demasiado amigo de la escritora terminaron en un escándalo mayúsculo. Johanna se sintió muy herida por la violencia de su hijo, le recriminó por su pedantería y su codicia, su carácter irascible y el violento desprecio que sentía hacia las integrantes del género femenino. Lo echó a cajas destempladas de su casa de Weimar y le prohibió regresar. No volverían a verse nunca. Johanna murió en 1838.

Su madre personificó para Schopenhauer a la «mala mujer» de la que ya hablase Gracián; su hermana Adele era una criatura

---

<sup>10</sup> Arthur Schopenhauer: *Gespräche (G)* [Conversaciones], ed. de Arthur Hübscher, Fromman, Stuttgart, 1971, pág. 152.

muy inteligente, pero fea; con lo cual se adaptaba a la idea de que la belleza femenina está reñida con la sabiduría. Más adelante, la única mujer por la que Schopenhauer pudo haber sentido algún afecto y con la que incluso llegó a querer casarse, Caroline Medon, una corista de ópera, le fue infiel y tuvo un hijo con otro hombre; así que la misoginia del filósofo, metafísica o práctica, provenía con seguridad de su trato personal con estas mujeres. Sólo poco antes de morir, siendo ya un autor célebre, conoció a una joven escultora. Elisabeth Ney; tenía que posar para ella puesto que la muchacha esculpía un busto en mármol que lo representaba como un pensador de la Antigüedad. Schopenhauer contó a sus conocidos que charlaba con ella amigablemente y que a su lado llegó a sentirse como «un hombre plácidamente casado». Su admiración por la muchacha la manifestaba con una observación como ésta: «A veces la miro y me sorprendo pensando en que no vaya a crecerle bigote, pues cada día me parece más increíble que en realidad sea usted una mujer», le decía.

En el fondo, Schopenhauer pensaba de las mujeres lo mismo que Gracián: las atractivas son malvadas y volubles, y las menos agraciadas, aunque sean listas, no cuentan para el deseo de los hombres, que únicamente quieren obtener de ellas «una sola cosa».

Retornando al pesimismo del filósofo es harto relevante para comprender la génesis de su pensamiento un apunte sobre una vivencia de juventud:

«A mis diecisiete años de edad, sin ninguna educación escolar, me conmocionaron *las miserias de la vida* tanto como a Buda en su juventud el descubrimiento de la enfermedad, el dolor, la vejez y la muerte. La verdad que el mundo gritaba de

manera tan audible y clara superó pronto los dogmas judíos que me impregnaban y mi conclusión fue que este mundo no podía ser la creación de un ser lleno de bondad sino, más bien, la de un demonio que se deleita en la visión del dolor de las criaturas a las que ha abocado a la existencia: esto era lo que demostraban los hechos, de manera que esta idea acabó por imponerse»<sup>11</sup>.

Así que Schopenhauer sospechó desde joven que este mundo no podía ser la creación de Dios sino más bien un engendro del diablo. En vez de maravillarle la existencia del mundo, como al optimista de Platón, a Schopenhauer lo sorprendió la existencia del dolor.

Es célebre la respuesta que Schopenhauer dio al poeta Wieland al preguntarle éste que cómo es que iba a dedicarse a una carrera tan precaria como era la filosofía, con la que ganaría poco dinero y hasta pasaría hambre. La réplica del estudiante fue contundente: «Considero que la vida es una cosa miserable. Por lo que he decidido pasar la mía reflexionando sobre este hecho»<sup>12</sup>. Wieland le respondió que ante tan firme propósito entendía que sí, que se dedicase a la filosofía.

Schopenhauer se entregó con entusiasmo al estudio de la filosofía en Gotinga y Berlín, leyó con fruición a Platón y a Kant, y enseguida sintió que no había equivocado su vocación; y hasta se creyó un genio del pensamiento puesto que casi desde el comienzo de su carrera se propuso continuar con la obra de estos pensadores a fin de atar los cabos sueltos que ellos habían dejado sin anudar. «El divino Platón y el asombroso Kant»,

---

<sup>11</sup> Arthur Schopenhauer, *Handschriftliche Nachlass (HN)* [El legado manuscrito], ed. de Arthur Hübscher en 6 tomos, Dtv, Munich, 1985, t. 4, pág. 96.

<sup>12</sup>G, pág. 22.

según calificación de Schopenhauer, fueron sus principales guías filosóficas. Andando el tiempo también descubriría la filosofía de la India merced a una novedosa traducción latina de *Las Upanisads*, los libros sagrados de la India; la filosofía que Schopenhauer extrajo de estos textos junto a la de Platón y Kant conformaría la base de su futuro sistema de pensamiento.

En 1813 se doctoró en Filosofía con una tesis de título farragoso: *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*; fue su primer trabajo filosófico (publicado en una edición privada a su costa) en el que ya existen atisbos de su visión pesimista del mundo. Siguiendo a Kant y a Platón, Schopenhauer ya sospechaba que la realidad que vemos y tocamos, constituida por los fenómenos sensibles del mundo, no es la verdadera realidad, sino que ésta tan sólo es la apariencia de algo que trasciende a los fenómenos y que nunca muta ni perece. Qué sea este algo se proponía descubrirlo en breve. El mundo es un enigma que hay que desentrañar, y él quería ser su descrifrador.

A comienzos de 1819, ya como erudito y filósofo independiente, Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación*. Se trataba de una obra «única en su género», tal y como le escribió a su editor Brockhaus (el editor de las obras de Johanna), que «contiene un sistema de metafísica completamente novedoso y pensamientos como los que jamás cupieron en cabeza humana»<sup>13</sup>.

Al comienzo de aquel libro excepcional su autor anunciaba que todo él expresaba «un único pensamiento», pero que para exponerlo no le había quedado más remedio que escribir aquel tomo de 700 páginas. Dicho pensamiento se muestra ya en el

<sup>13</sup> Schopenhauer a Brockhaus, 18 de marzo de 1818.

título de la obra, aunque Schopenhauer lo formula con más precisión de esta manera: «el mundo es por una parte voluntad y sólo voluntad y por otra, representación y sólo representación»<sup>14</sup>. Tales eran las claves del mundo, comprendiéndolas se entendería la realidad y también el por qué del dolor de la existencia. Allí desarrollaba su doctrina de la voluntad de vivir, que a grandes rasgos postula que la esencia de la realidad es una voluntad inconsciente y ciega que sólo quiere y desea sin saber lo que quiere ni desea. La voluntad es el principio y fundamento del mundo, es algo inconsciente y ciego y la evidencia de su ser anula la idea de que pueda haber una inteligencia suprasensible que ordena y determina el lógico suceder de los acontecimientos. El ser humano es un fenómeno entre los demás fenómenos del mundo, una expresión más de la voluntad, que se expresa en el mundo, de ahí que la experimente en su interior como impulso y pulsión que lo obliga a vivir y a perpetuarse. La ciega voluntad halla algo de luz en el conocimiento humano, que será como una antorcha que la guía en medio de la oscuridad; el ser humano es un mero ejecutor de los deseos de la voluntad, y puede ejecutarlos hacia el bien o hacia el mal: en él las pulsiones inconscientes luchan a brazo partido con la razón, que pocas veces las domina.

Schopenhauer definía asimismo su otro concepto básico, la «representación», como un proceso meramente físico que acontece en el cerebro humano. Este órgano es el artífice de que veamos el mundo tal y como se nos aparece «con todos sus soles y galaxias». Que el mundo es representación quiere decir que merced a la factura de nuestro cerebro permanecemos por naturaleza encerrados en el interior de la caverna platónica:

---

<sup>14</sup> *El mundo como voluntad y representación*, primera parte, § 29.

mientras estamos allí únicamente vemos relaciones causales, estamos sometidos a las cadenas del espacio y del tiempo. Sólo la voluntad es libre, omnipotente y se halla libre de dichas cadenas; los seres humanos, en cambio, estamos prisioneros en el mundo de la representación en el cual aparecemos cual egos individuales: este es el mundo en el que penamos y padecemos.

Una y la misma es la esencia de los seres vivos: la voluntad. El dolor existe y no es una fantasmagoría, sino el producto de que cada cual consienta en seguir afirmándose y perpetuándose merced a su egoísmo; cada ser siente el sufrimiento como algo real y particular y sufre porque vive en este mundo y se empeña en permanecer en él. Ahora bien si mediante la luz de la inteligencia reconocemos la unidad intrínseca de todo y reconocemos que quien infringe dolor comparte la misma esencia de quien lo padece, si reconocemos que todo es representación y que en la tragicomedia del mundo cada cual representa un papel del que puede desprenderse sólo con quererlo, sólo con que su voluntad deje de querer, habremos dado con la solución al problema del dolor: ¡trasciende la realidad! —dirá Schopenhauer— ¡Mira las cosas desde la perspectiva de la eternidad y te darás cuenta de que el aquí es sólo temporal y relativo, lo que está sometido al principio de individuación y al principio de causalidad! En suma, el mundo del dolor y la crispación es efímero, una pesadilla eludible si suspendemos nuestra voluntad de vivir particular y nos regocijamos en la idea de anular nuestro ego, nuestro yo y de fundimos con la nada.

Schopenhauer concluía su obra señalando que los hombres más felices y los más envidiables son los ascetas y los santos: son negadores de la voluntad por excelencia. Dejan de existir

en vida y se niegan a perpetuar el dolor al profesar la castidad. La mayoría de los humanos se muestra incapaz de realizar una hazaña semejante. A menudo, el sentimiento de plenitud que les inspira la contemplación de una obra de arte los hace olvidar el mal del mundo, el fragor y el pesar de la existencia: alcanzan un nirvana momentáneo, pero nunca el nirvana absoluto, la absoluta paz que sólo es patrimonio de quien aprende a ver el mundo como «nada». En esto radica el valor del arte, en que nos aleja del mundo del dolor, merced a la ilusión y el placer del que nos colma. Sin embargo, el santo y el asceta no necesitan del arte; el ellos la voluntad ha llegado a tal grado de consciencia que se rebela contra sí misma y se niega a seguir viva. Si los demás hombres siguieran a estela del santo se esfumarían el dolor y el sufrimiento.

Schopenhauer estaba convencido de que con este libro cosecharía un inmenso éxito. Se marchó a Italia para descansar de semejante alumbramiento y para esperar allí los ecos de un éxito que él pretendía clamoroso. Pero pasaron los meses y el éxito no llegó. Regresó a Berlín y tuvo la idea de hacerse profesor para exponer y popularizar sus doctrinas dando clase en la universidad. Fue admitido en el claustro de profesores, aunque sin sueldo oficial, cobraría directamente de sus alumnos. Por aquel entonces Hegel era la gran estrella de la filosofía alemana; a sus clases asistían multitud de oyentes, y no sólo estudiantes sino hasta funcionarios, militares y hasta algunas damas.

Tanta manía le tenía Schopenhauer a Hegel que determinó poner sus clases a la misma hora que las de aquél esperando quitarle los alumnos. Anunció su curso con el pomposo título de: *Filosofía exhaustiva o doctrina del ser del mundo y del*

*espíritu humano*. A la primera clase de Schopenhauer sólo acudieron tres alumnos mientras en el aula de Hegel no cabía un alma. Y lo mismo ocurrió en días sucesivos. Pero Schopenhauer no desistió y continuó anunciando sus lecciones durante quince años más cada nuevo semestre, a pesar de que nunca tuvo alumnos. Con todo, a él le gustaba presentarse ante sus conocidos como «profesor de metafísica y lógica de la Universidad de Berlín».

En suma, Schopenhauer sólo obtuvo la fama como filósofo en la última década de su vida, tal y como dijimos párrafos atrás. Años duros son los que pasó entre 1820 y 1840. Obsesionado con la idea de obtener reconocimiento público se le amargó el carácter. Creía que con su obra aportaría al mundo conocimientos extraordinarios que nadie antes había expuesto y le torturaba su insatisfacción, fruto de su soberbia intelectual. Acabó por resignarse a ser un desconocido, pero con la obligada resignación creció sobremanera su desprecio por los seres humanos, a la mayoría de los cuales consideraba según un símil tomado del auge de la incipiente revolución industrial «productos manufacturados en serie». A este respecto anotó en un apunte autobiográfico:

«Muy pronto fui consciente de la diferencia que existía entre yo y los demás hombres, pero pensé: ‘Primero aprende a conocer a cien y después hallarás a alguien afín’; y más adelante: ‘Pues seguro que entre mil acabarás hallándolo’; y después: ‘Pues tendrá que aparecer aunque sea entre muchos miles’. Finalmente llegué a la conclusión de que la Naturaleza es infinitamente avara y que debo cargar con *the solitude of Kings* (Byron) con paciencia y dignidad»<sup>15</sup>. Es decir, que cual soberano

<sup>15</sup> HN, t. 4, II, págs. 116-117.

y genio incomprendido no le quedaba más remedio que soportar la soledad de los reyes.

Y cual un rey que viene a prestar apoyo a un soberano de un reino vecino aparecerá Gracián en la vida de Schopenhauer. Como dijimos, el autor de *El mundo como voluntad* sabía varios idiomas. Bien pertrechado de su saber lingüístico hubo unos años en que quiso dedicarse a la traducción a fin de ganar algún dinero. Con suma arrogancia propuso traducir al inglés la *Crítica de la razón pura* aduciendo lo siguiente: «transcurrirá un siglo entero antes de que suceda otra vez lo que debido a una feliz casualidad acontece ahora en mi canosa cabeza, a saber: que coincidan en un solo cerebro tanto conocimiento del idioma inglés y tanto conocimiento de la filosofía kantiana». No tuvo suerte: ningún editor le encargó traducciones. En 1825 comenzó a aprender castellano y en poco tiempo podía leer a Cervantes.

En una carta de 1832 dirigida al hispanista Johann Georg Keil, traductor de las obras de Calderón al alemán, Schopenhauer le escribió que de los autores españoles su predilecto era «el filosófico Gracián», que había leído todas sus obras y que consideraba *El Criticón* «uno de los libros más maravillosos del mundo». Y añadía: «lo traduciría con sumo agrado si pudiera encontrar un editor que lo quisiera». Pero el motivo de esta misiva era presentarle al gran erudito la traducción al alemán de las 300 reglas del *Oráculo manual*, un trabajo que Schopenhauer había hecho por su cuenta y riesgo esperando hallar editor. Keil le puso en contacto con uno, que tampoco llegó a ningún acuerdo con el soberbio traductor, quien exigió unos honorarios excesivos, aduciendo que aquél *Oráculo* era un libro maravilloso de sabiduría mundana o «arte de saber

vivir», y que por esta razón todo el mundo querría consultarlo una y otra vez. Sobre todo, lo veía como lectura óptima para los jóvenes que quisieran abrirse paso en el gran mundo.

El magnífico libro de Gracián no sedujo a los editores y la traducción de Schopenhauer apareció en Alemania de manera póstuma.

Cuando se publicó esta obra en Alemania bajo el título de *Handorakel der Weltklugkeit* tuvo mucho éxito y hubo lectores que creyeron se trataba de otro libro más de Schopenhauer, pues tanta era la similitud de contenido y estilo de este libro con algunos escritos del filósofo pesimista.

Gracias a la exitosa traducción póstuma del *Oráculo manual* los nombres de Gracián y Schopenhauer permanecen unidos. Pero aún hay más. Lo mismo que Gracián, también Schopenhauer era un hombre «práctico», de ahí que le atrajeran tanto las obras que enseñan a vivir mejor y a desenvolverse en el mundo.

Una cosa era su sabiduría teórica, que terminaba con el imperativo ideal de olvidarse del mundo como un lugar de maldad; y otra muy distinta, el desenvolvimiento práctico de la propia persona, precisamente en ese mundo que de manera efectiva no se podía abandonar. Admirador de los filósofos de la Antigüedad, de los estoicos como Epicteto, Marco Aurelio y Séneca, de Cicerón y Plutarco; con el tiempo, Schopenhauer había ido forjando sus propias reglas de sabiduría mundana. Entre sus papeles póstumos se conservaron anotaciones y esbozos dispuestos para este fin. En la actualidad el filósofo italiano Franco Volpi reconstruyó varios «tratados» de sabiduría práctica en los que Schopenhauer habría estado trabajando durante distintas épocas de su vida. Por ejemplo, un tratado

sobre *El arte de tener razón* o un *Arte de ser feliz*, publicados en la actualidad como libros independientes.

Estos esbozos, fechados a partir de 1814 y en años sucesivos, evidencian el gran interés de Schopenhauer por lo que denominó *Lebensweisheit* («sabiduría de la vida»), un interés que terminó cristalizando en uno de sus escritos hoy más conocidos y que más fama le granjearon en su época: los «Aforismos sobre la sabiduría de la vida», que no es un libro independiente sino un extenso capítulo de la mencionada *Parerga y paralipómena*: ocupan algo más de 200 páginas en la primera edición de la obra. Otros capítulos de *Parerga* en los que Schopenhauer trataba de temas como la historia de la filosofía, los filósofos universitarios (a los que ponía de vuelta y media) o la visión de fantasmas han adquirido justa fama y se han editado a veces por separado, pero ninguno ha llegado a ser tan célebre como este arte de «arte de saber vivir».

¿Qué venía a decir Schopenhauer en su tratado de filosofía práctica? ¿Contribuyó sólo este a su éxito? ¿Por qué de la noche a la mañana se hizo célebre este genio incomprensido?

Empezamos primero por responder a la última pregunta de manera muy somera: el ambiente social e intelectual reinante en Alemania había cambiado. Pasada la Edad de Oro del Romanticismo y el idealismo alemán, la filosofía académica parecía haber perdido el rumbo al convertirse en un galimatías sólo inteligible para los iniciados, de manera que un filósofo de ideas claras debía obtener eco en un país tan abismado intelectualmente. Schopenhauer escribía bien y no era enrevesado; uno de sus asertos favoritos rezaba que quien piensa claro escribe bien.

Por otra parte, hacia 1850, extintas las ilusiones de las revoluciones políticas fracasadas, en la sociedad burguesa reinaba un ambiente reaccionario de repliegue y ensimismamiento; las clases acomodadas defendían sus valores de tradicionales y su estabilidad: con su espíritu casaba bien el pesimismo teórico de Schopenhauer, del que muchos intelectuales y burgueses cultos comenzaron a hacer gala más que como convicción que debía ser vivida de manera radical, como pose efectista y existencial.

La vida no es bella, argumentaba el filósofo, sólo contamos de vez en cuando con algunos bellos momentos que nos proporcionan el arte y los pequeños placeres cotidianos; las grandes pasiones sólo traen molestias y desgracias. Los seres humanos no descuellan por su solidaridad, y la sociedad es un lugar poco amable en el que debemos movernos con pies de plomo si queremos mantenernos a salvo de las circunstancias adversas y medrar.

Los seres humanos son como «puercoespines» que para no herirse con sus púas deben aprender a guardar distancia, así lo refería Schopenhauer en un apólogo al final del segundo tomo de *Parerga*:

«Unos puercoespines quisieron acercarse mucho unos a otros en un gélido día de invierno para no helarse de frío, dándose mutuo calor. Pero sintiendo enseguida los pinchazos recíprocos de sus respectivas púas tuvieron que separarse. Pronto el deseo de calor los empujó a acercarse de nuevo, pero entonces se repitió este segundo mal; de manera que fueron pasando de un sufrimiento a otro hasta que lograron encontrar una distancia adecuada desde la que pudieron soportarse mejor. De la misma manera el deseo de compañía, surgido del vacío y

la monotonía del propio interior, impulsa a los seres humanos a buscarse los unos a los otros, pero sus múltiples características repugnantes y sus insoportables errores los separan otra vez.

La distancia media que finalmente encuentran, gracias a la cual es posible soportar la compañía, la proporcionan la cortesía y las finas costumbres. A aquel que no se mantiene a esta distancia prudencial se le grita en Inglaterra: *Keep your distance!* (¡guarda distancia!). Así sólo se satisfará de manera imperfecta la necesidad de calor, pero a cambio no se notarán los pinchazos de las púas. Ahora bien, quien tiene mucho calor propio en su interior prefiere apartarse de la sociedad para no provocar ni recibir molestias»<sup>16</sup>.

En esencia poco más decía Schopenhauer en su tratado de *eudaimonía* o arte de la felicidad. En el preámbulo de este ensayo confesaba que se había visto obligado a prescindir por entero del «elevado punto de vista ético y metafísico» al que conducía su filosofía teórica, y que para hablar de felicidad en sentido laxo había tenido que rebajarse a adoptar un punto de vista terrenal y común, un punto de vista «erróneo», esto es, el de las personas que se aferran a la creencia de que la felicidad es algo que puede encontrarse en este mundo.

Schopenhauer proponía al lector común y al común de los mortales un arte de vivir que poco habría de decir al santo o al negador de la voluntad.

Lo mejor sería no existir, afirmaba Schopenhauer, pero como por ahora tenemos que existir puesto que no somos lo suficientemente santos como para evadirnos en la nada ahí van unas normas, bastante limitadas, que nos permitirán ser si no felices, sí menos desgraciados en este mundo plagado de desgracias.

---

<sup>16</sup> *Parerga y paralipómena*, volumen II, § 396.

A grandes rasgos, el autor argumentaba que como mejor se está en este mundo es en compañía de uno mismo, y que la mejor riqueza y la única duradera es la que uno posee en sabiduría y experiencia; que cifrar el contento y la alegría de uno mismo en los demás es engañoso, tanto como cifrarlas en un futuro hipotético que ha de llegar colmado de venturas; así que más vale disfrutar de la tranquilidad presente, por muy endeble que parezca, en vez de pensar en quimeras y felicidades etéreas que seguramente no llegarán jamás. Sostenía también Schopenhauer que la mujer y los hijos son una carga y que los amigos, si nos traicionan una vez, no merecen ya nunca más nuestro perdón o volverán a traicionarnos. Asimismo argumentaba que ahorrar es mejor que dilapidar y que una buena economía proporciona la tranquilidad y la independencia, puesto que la mayor ventaja es no depender de voluntades ajenas ni de dádivas estatales.

En resumidas cuentas, el filósofo pesimista se mostraba cual dechado de sensatez y razonado egoísmo. En realidad proporcionaba a sus lectores un buen autorretrato y se proponía a sí mismo como modelo práctico a seguir. Con aparente modestia confesaba que sus ideas no eran originales puesto que sólo transmitían con otras palabras la sabiduría que habían profesado los sabios de todos los tiempos, y argumentaba:

«Por lo general es evidente que los sabios de todos los tiempos siempre dijeron lo mismo, y que los necios, es decir, la inmensa mayoría de todos los tiempos, siempre hizo lo propio, esto es, lo contrario de lo que los sabios dijeron, y así seguirá siendo<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Arthur Schopenhauer: *Aforismos sobre el arte de saber vivir*, trad. de Luis F. Moreno Claros, Valdemar, Madrid, 1998, pág. 29.

Durante el último lustro de su vida Schopenhauer disfrutó de lo que más anheló siempre: la fama. Gracián decía que en la vejez lo que más gusta son los honores y los reconocimientos; el gran pesimista de Fráncfort los disfrutaba igual que un niño disfruta de sus juguetes. Se mostraba exultante cuando lo visitaban sus admiradores que, llegados de toda Europa, anhelaban ver al maestro y oír de sus labios cuán miserable es la existencia. Repantigado en un sillón, tenía siempre a mano un libro de los suyos; tomándolo y hojeándolo terminaba por contar al visitante la dura historia de su vida; cómo él, aún habiendo revelado la clave para descifrar el misterio del mundo y de su dolor, siendo todavía un hombre joven, en su obra capital, tuvo que padecer durante decenios la condena al ostracismo a causa de la común y sempiterna necedad humana que tan reacia se muestra a reconocer lo obvio: el genio y la verdad.

### **Coda**

Gracián y Schopenhauer fueron dos mentes eminentemente racionales, de inteligencia fría y parca, poco afectuosos en lo personal. La sensación de sentirse intelectualmente superiores les condujo a despreciar a sus congéneres, a los que supieron amonestar y caricaturizar, como conspicuos moralistas. Es siempre más sencillo ver lo defectuoso que lo bien hecho. Es un placer leer a ambos autores, un goce racional antes que emocional: la gracia de los juegos de palabras de Gracián y la soberana gravedad de Schopenhauer son escasas en la historia del pensamiento y sus razonamientos que descreen de la felicidad son útiles para relativizar esa felicidad que, en el fondo no es tan rara como se piensa.

Concluyo sosteniendo que las visiones pesimistas de la realidad me parecen mancas y sesgadas, puesto que se centran

sólo criticar los aspectos negativos del mundo. Por supuesto que como revulsivos del pensamiento son necesarias y aceptables, pero no deben ser decisivos como absolutos. Una ética de la felicidad tendrá que aglutinar contrarios: el tiempo de reír y el tiempo de llorar, las razones para sufrir y las ficciones que nos ilusionan y nos ayudan a gozar.